

plantar á Urquijo, le estimuló, con pérfida intención y vendiéndole amistad, á contrariar las miras de Bonaparte, el cual se proponía servirse de la armada española fondeada en Brest para el socorro de Egipto ú otra empresa por el estilo, mientras Mazarredo, jefe de la expresada flota, quería partirse á Cádiz, que estaba amenazado por los ingleses. Urquijo sostenía vigorosamente á Mazarredo, y el primer Cónsul, indignado de la oposición que el ministro osaba hacer á sus planes, mandó á Madrid, en clase de embajador, á su hermano Luciano, con el encargo de gestionar la destitución de aquél. Coincideron las pretensiones de Luciano, con las intrigas del ultramontanismo, cuyos manejos ahora socundaba Godoy, siendo sacrificado Urquijo á las iras del primer Cónsul y al deseo de agradar á la curia romana, con la que por aquellos días zanjara sus diferencias el gobierno español. En este tiempo empezaron, por odio de Godoy, las persecuciones del insigne Jovellanos, á quien, tomando por pretexto una traducción del *Contrato social*, que se le atribuía, desterraron á Mallorca y encerraron en la Cartuja de Valdemosa, á pocas leguas de Palma.

La destitución de Mazarredo completó el triunfo de la influencia francesa, y Godoy, puesto otra vez al frente de los negocios, aunque no se encargó especialmente de ninguna de las secretarías, hizo sustituir el doce de Diciembre á Urquijo con don Pedro Ceballos, creación suya y hombre de medianísimo talento. En tales manos, la desatentada política española, dió al finalizar el mes siguiente, un paso más en el funesto camino de nuestra ruina. El veintinueve de Enero de mil ochocientos uno, en efecto, ajustaban Ceballos y Luciano Bonaparte un nuevo tratado, por el cual España se comprometía á declarar la guerra á Portugal si éste, en el plazo de quince días, no firmaba la paz con Francia, cerraba sus puertos á las naves inglesas y nos permitía ocupar la cuarta parte de sus provincias, hasta tanto que la Gran Bretaña evacuase las islas de Malta, Menorca y la Trinidad. Francia, en caso de tenerse que recurrir á vías de hecho, auxiliaría con un cuerpo de ejército la expedición española. Como nuestra patria se apercibiese en seguida á cumplir lo convenido, Bonaparte, para comprometerla más, dió el treinta y uno de Marzo al yerno y la hija de María Luisa el territorio de Toscana, con el nombre de reino de Etruria, reiterando España su ofrecimiento de ocupar las provincias portuguesas, consintiendo que Parma fuese incorporada á Francia á la muerte del anciano Duque y confirmando la cesión de la Luisiana. Activamos los preparativos militares, nuestras fuerzas se elevaron pronto á cuarenta mil hombres, á los que se unieron quince mil franceses mandados por Leclerc, y el príncipe de la Paz, tomando el mando de todas estas tropas, comenzó las operaciones el día veinte de Mayo. A fines de este mes, todo el Alentejo, menos la plaza de Jelves, estaba en poder nuestro; los portugueses, faltos de fuerzas para resistir, habían retrocedido hasta más allá del Tajo. Bonaparte, noticioso de estos sucesos, quiso sacar partido de ellos en sus negociaciones con Inglaterra; mas sus espe-

ranzas en este punto fueron defraudadas, porque en Lisboa, asustados ante la invasión de los franceses, se apresuraron á solicitar la paz, que se firmó en Badajoz y se ratificó por Carlos IV el seis de Junio, estipulándose la cesión de Olivenza y su territorio á España y la restitución de las demás plazas conquistadas á Portugal, el cual prometió cerrar sus puertos al comercio y á las naves inglesas. Al mismo tiempo, Luciano Bonaparte y el ministro Pinto de Sousa, encargado de estas negociaciones, celebraron otro tratado, en que Portugal se obligaba á pagar, por vía de indemnización, quince millones de francos á la República, saliendo garante de la integridad de su territorio el rey de España, que se dió prisa á ratificar lo pactado, temiendo que le negara su consentimiento el primer Cónsul. Recibió éste la copia del convenio el quince de Junio, y encolerizose extraordinariamente. «El tratado, escribió á Talleyrand, es contrario á los compromisos contraídos por España, contrario á los intereses de la República, contrario á las instrucciones de Luciano; es uno de los reveses más grandes que he sufrido durante mi magistratura, y preferiré perder una provincia á ratificarlo; es preciso romperlo en el acto.» Mas el príncipe de la Paz, alentado por las dificultades con que tropezaba el gobierno francés, contestó ásperamente á las protestas de Bonaparte, declaró el tratado irrevocable y amenazó rechazar con las armas en caso necesario la presión que se intentaba ejercer sobre su país. Luciano, por su parte, sostuvo con firmeza no haberse extralimitado en lo más mínimo, y ofreció su dimisión. Con todo ello, se elevó hasta el paroxismo el furor del primer Cónsul. «Que Luciano haga saber al Rey, dijo, que si el príncipe de la Paz, comprado por Inglaterra, le arrastra á él y á la reina á aprobar medidas contrarias al interés y al honor de la República, habrá sonado la última hora de la monarquía española.» Nuevas columnas francesas iban llegando á España, y en muchos puntos se producían reyertas y choques entre los extranjeros y los naturales; Godoy se opuso á la entrada de más tropas, pareciendo inminente la ruptura con nuestros vecinos. Sin embargo, los consejos de Talleyrand y, más aún, la fuerza de las circunstancias, obligaron á Bonaparte á modificar su actitud: se comunicó á Luciano la orden de participar al gobierno español, que las fuerzas francesas que habían pasado la frontera continuarían en la Península hasta que se firmara la paz entre Francia y la Gran Bretaña, pero ya no volvió á hablarse del tratado de Badajoz.

A la decepción sufrida en este punto por Bonaparte y al enfriamiento de sus relaciones con España, agregóse el disgusto que le produjo la noticia del convenio celebrado entre Inglaterra y Rusia, y el saber que se habían establecido íntimas relaciones de amistad entre esta última potencia y el rey Federico Guillermo. No obstante, las nuevas más desagradables fueron las procedentes de Egipto. En esta región, después de la batalla de Canopo, que con tal nombre se conoce la ganada por Abercromby á Menou, turcos é ingleses se extendieron poco á poco por todas partes, apoderándose de Roseta y Bamanieh: recién-

temente, el veintisiete de Junio, habían obligado á capitular al general Belliard, que se encerrara en el Cairo con once mil hombres, concediéndole el abandonar la ciudad con los honores de la guerra, llevarse armas y bagajes y volver libremente á Francia; y ya, del vasto territorio antes dominado, no quedaba al invasor más que Alejandría, donde estaban Menou y los restos de su ejército. En vano había intentado Bonaparte enviar auxilios á Egipto: la marina francesa carecía, no de inteligencia ni de valor, pero sí de elementos para salir airoso en esta empresa. El almirante Bruit, á quien se había mandado zarpar de Brest, donde se encontraba, y unirse en Cádiz á las escuadras de Dumanoir y Linois para emprender con ellas el camino de Egipto, no llegó á ejecutar siquiera la primera parte de este movimiento. Linois, que recibió la orden de dirigirse desde Tolón al mismo Cádiz, fué más feliz al principio; pero, acometido en Algeciras por el almirante inglés Suamarez, aunque le libró empuñadísima y encarnizada batalla, que los franceses consideraron como un triunfo por haberse batido sus naves contra fuerzas superiores y resultar las pérdidas próximamente iguales, no pudo conducir á las aguas gaditanas más que una flota mutilada é incapaz de resistir la navegación, y esto gracias á que acudieron á socorrerla y acompañarla cinco navíos españoles y algunos de Dumanoir, debiendo también advertirse que, en su lucha con Suamarez, la auxiliaron cañoneras españolas y fué apoyada por las baterías y destacamentos de la costa. Por cierto que, en esta ocasión, fué víctima nuestra marina de una catástrofe espantosa. El almirante inglés, intentando detener á la retaguardia española, ordenó que la atacara el navío *Soberbio*: era de noche, reinaba la mayor oscuridad, y el *Soberbio*, apagando sus luces, pasó rápidamente por entre el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, dos de nuestras naves, y descargó sus baterías de ambos costados, alejándose en seguida: prendióse fuego al *Real Carlos*, mas, á pesar de ello, disparó sus cañones del lado que había recibido el daño; sus balas fueron á dar en el *San Hermenegildo*, y éste contestó á su supuesta agresión, trabándose entre los dos navíos un combate furioso, que terminó con la voladura de ambos y muerte de casi todos sus tripulantes, cuyo número se acercaba á dos mil. Fué como un funesto presagio de la aciaga suerte que reservaba á nuestra marina la alianza con los franceses. De los almirantes de la República, ninguno ha sido objeto de tantas quejas y reproches como Ganteaume, por no haber conseguido arribar á las costas egipcias; sin embargo, no se obra con entera justicia al censurarle con tanta acrimonia. Las circunstancias fueron superiores á su voluntad; tres veces se hizo á la vela y las tres tuvo que retroceder, bien por la vigilancia del enemigo, bien por accidententes de mar inevitables. Resulta, pues, que Egipto estaba perdido, y aunque el primer Cónsul dijese que aquel era Alejandría y que mientras poseyese á Alejandría era dueño de la colonia, lo cierto es que no opuso ya dificultades á que se devolviese á la Puerta.

Con esto adelantaron notablemente las negociaciones de paz, y Bonaparte redactó

por sí mismo una nota que Otto entregó á lord Hawkesbury y que contenía, además de dicha concesión, todas las estimadas compatibles con el honor de Francia. Había la República exigido hasta entonces que se le devolviese á ella la isla de Malta, y la de Ceilán á los holandeses, restituciones ambas que, con la de Egipto á Turquía, eran el mayor obstáculo para la paz; ahora, no obstante, accedía á que Inglaterra retuviese la isla de Ceilán y que Malta se entregara á la Orden, pero insistiendo en que, en América, en el Cabo y en el Mediterráneo, todo volviera á su anterior estado, obligándose, por su parte, á evacuar el territorio portugués y los puertos que ocupaba, tanto en los estados del rey de Nápoles como en los del Papa. Inglaterra, acogiendo bien las nuevas proposiciones, rehusó, sin embargo, aceptar el principio de la restitución de todas las colonias de América á Francia y sus aliados; porque en aquella parte del mundo no eran compensadas, como en las demás, los sacrificios que se le imponían, y, en su consecuencia, quería conservar la Guyana holandesa y devolver las Antillas, ó al contrario. El primer Cónsul rechazó esta disyuntiva; hizo que el *Monitor* publicara artículos amenazadores, y aparentó dar gran impulso á los preparativos que venía haciendo en Boulogne, donde Latouche-Treville había organizado una flotilla de cañoneras por orden de Bonaparte, quien en realidad no pensaba seriamente á la sazón en intentar un desembarco en las costas británicas, siendo su única idea asustar á su rival, cosa que no hubo de conseguir, porque los ingleses se encogieran de hombros, si bien, para disipar los temores populares, encargaron á Nelson que destruyese la flotilla de Boulogne. El célebre almirante, no pudiendo abordarla, dirigió contra ella el fuego de sus cañones, causándole poco daño, y una segunda tentativa, comprendida en mejores condiciones, pero contrariada por el viento, que impidió á las chalupas inglesas operar simultáneamente, fracasó también por la intrepidez del enemigo.

Estos dos pequeños triunfos y la negativa de España á invalidar el tratado de Badajoz determinaron, al fin, la anhelada inteligencia entre los dos gobiernos. En Londres se contentaron, respecto á América, con apropiarse la isla de la Trinidad, posesión nuestra, acerca de la cual Bonaparte no había querido anteriormente transigir en modo alguno, pero que, al cabo, siguiendo los consejos de Talleyrand, resignóse á abandonar, para castigarnos por lo que llamaba nuestra traición. Algún otro obstáculo que se presentó fué igualmente allanado, y el primero de Octubre se firmaban en la capital de Inglaterra, con gran alegría de las dos naciones, los preliminares de la paz, donde se consignaba «que S. M. Británica restituiría á la República francesa y á sus aliados todas las colonias que habían perdido durante la guerra, exceptuadas la isla de la Trinidad y las posesiones holandesas de la isla de Ceilán, sobre las cuales S. M. Británica se reservaba la plena y absoluta soberanía.» En otras cláusulas se estipulaba la devolución de Egipto al Imperio otomano y la de Malta á la Orden de San Juan de Jerusalén, la integridad de Portugal, la evacuación de los Estados romanos y napolitanos por las tropas francesas y la de los

puertos é islas del Mediterráneo y del Adriático por los ingleses. Se pasaron en silencio, comprendiendo la imposibilidad de entenderse acerca de ellas, cuestiones importantísimas, como las relativas al derecho marítimo de los neutrales, al Piamonte, á Génova y á Toscana. Por esta causa, los preliminares de Londres, celebrados con tanto alborozo en los dos países, eran más bien una suspensión de armas que un arreglo precursor de la paz definitiva, y aun así, había sido preciso, para obtener el consentimiento de la Gran Bretaña, que Pitt se colocara resueltamente al lado de los amigos de la paz, asociándose á Hawkesbury, primero como auxiliar y muy pronto como director.

Al día siguiente, llegó la noticia de la capitulación de Alejandría, ocurrida el treinta de Agosto. «Ha sido una fortuna no haberlo sabido antes, dijo Hawkesbury, porque entonces habríamos tenido que pedir más.» El primer Cónsul, tranquilo ya en cuanto á Inglaterra, no paró hasta ajustar paces con Turquía, Baviera, Portugal, que debió satisfacer en concepto de indemnización, no quince millones, sino veinticinco, y por último, con Rusia: realmente, el estado de guerra con esta potencia había cesado desde hacía mucho tiempo. De igual modo que en los preliminares de Londres, en el tratado franco-ruso se omitió hablar de algunos puntos espinosos, como el concerniente á la restauración del rey de Cerdeña, y otros se tocaron á la ligera: pero se declaró que las dos naciones obrarían de acuerdo para establecer en Alemania una división territorial que respetara el equilibrio europeo, prometiendo Francia, en particular, hacer cuanto pudiese en obsequio de Baviera, Wurtemberg y Baden. Mediante esta cláusula, favorable á los amigos de Rusia, Bonaparte se aseguraba de antemano el concurso del Czar en los vastos designios que tenía acerca de la futura constitución germánica, á saber: convertir á Alemania en mera expresión geográfica, organizándola bajo la forma de un conjunto de Estados independientes, en que Prusia y Austria, favorecidas en desigual proporción en el reparto para que sus fuerzas se equilibrasen y su rivalidad se perpetuara, fueran empujadas, la primera al norte y la segunda al sud, hacia el oriente, mientras en el oeste se les oponía un grupo de territorios de distinta extensión, ninguno tan pequeño que no se bastase á sí mismo, ni tan grande que pudiera prescindir de la protección de Francia contra aquellas dos potencias, si se intentaba alguna vez resucitar el Imperio. Claro es que todo esto requería tiempo, y que, al ser realizado, habría de alterarse en porción de detalles; mas la disolución del Santo Imperio Romano, que era el eje del plan, revestía el carácter de hecho inconcuso desde que se firmó el tratado entre Francia y Rusia. Reducida Austria á la impotencia, asociadas Prusia y Rusia á las miras de Bonaparte, retraída Inglaterra, las victorias de las armas francesas habían decidido de la suerte de Alemania. La revolución proseguía su triunfante marcha é iba á hundir en el abismo los últimos vestigios de la Edad Media, que sobrenadaban en Europa en medio del general naufragio.



CAPÍTULO TERCERO

El Consulado por vida.

MIENTRAS el nombre de Bonaparte era repetido por los ecos de la fama de un confín á otro de la tierra, en Francia caminaban rápidamente á su total desaparición las instituciones republicanas.

Próximo el catorce de Julio cuando regresó á París, después de su última y afortunadísima campaña, el primer Cónsul, quiso éste que se celebrase con la mayor solemnidad el aniversario de la toma de la Bastilla. En su virtud, verificóse dicho día la imponente ceremonia de recibir en los Inválidos las banderas cogidas al enemigo, presentándose á continuación en el Campo de Marte los trofeos de la guerra de Italia á las tropas tendidas en orden de batalla y á la multitud, que se agolpaba para contemplar al vencedor de Marengo. Reinó en estos actos un entusiasmo indescriptible, y por la tarde hubo un gran banquete, brindando Bonaparte á los postres por el pueblo soberano. Es bien seguro, sin embargo, que el héroe del día, al dar tanto brillo á la fiesta, se propuso menos demostrar sus simpatías por la obra revolucionaria que tener ocasión de ofrecerse en espectáculo á las muchedumbres, para lograr una especie de apoteosis, que obtuvo efectivamente; y también quizá le impulsase á obrar de tal manera su deseo de desvanecer las esperanzas que en él seguían fundando no pocos legitimistas.

Porque no se imaginaban estos que el hijo de un modesto golilla de Ayaccio pensase en escalar el poder supremo, y observando cómo destruía ó alteraba los principios de la revolución, creían fácil inclinarle á restaurar el trono de los Borbones, no obstante haber